

BUFÓN.—Mejor hubiera sido socorrer el barco.
(*Aparte.*) Allí te hundías.

PASTOR.—¡Qué horror! ¡qué horror! Pero mira, muchacho. Mientras tú te encuentras con los que mueren, yo me doy de manos á boca con los que nacen. Aquí tienes algo que ver. Un canastillo para la hija de un caballero! Mira bien y levanta y abre eso. Veamos lo que contiene. Alguna vez me dijeron que yo debería mi fortuna á las hadas. Esto ha de ser algún hallazgo: ábrelo. ¿Qué hay?

BUFÓN.—Pues en tus vejeces das con la fortuna; si Dios te perdona tus pecados, puedes darte ahora la gran vida. Todo esto es oro! todo es oro!

PASTOR.—Oro de las hadas, muchacho, y ya verás como es así. Arriba con ello y guárdalo bien. Vamos á casa y por el camino más corto. Felices somos, muchacho, y para continuar siéndolo no necesitamos más que guardar el secreto. Deja que se vayan las tovejas y apresurémonos á volver á casa.

BUFÓN.—Id vos con vuestros hallazgos por el sendero inmediato, que yo voy á ver si ya ha dejado el oso al caballero y qué parte de él se ha comido. El oso no es temible sino cuando está hambriento. Si algo queda del pobre, lo sepultaré.

PASTOR.—Buena acción es esta. Si por los restos que encuentres de él puedes discernir quién haya sido, déjame verlos.

BUFÓN.—Así lo haré; y entonces me ayudaréis á enterrarlo.

PASTOR.—Es un día afortunado para nosotros, muchacho; y haremos gran negocio. (*Salen.*)

ACTO IV

Entra el TIEMPO.

TIEMPO

Yo, que suelo complacer á algunos, y pongo á prueba á todos, siendo alegría y terror para buenos y malos; yo que engendro el error y lo revelo; quiero ahora, en uso de mi prerogativa, servirme de mis alas. No atribuyáis á delito que en mi veloz carrera salte diez y seis años, sin detenerme á exhibir lo que pasó en el transcurso de ellos; pues está en mi poder derribar leyes, y en un instante abolir viejas costumbres y plantar otras nuevas. Dejádme ser, pues, lo que siempre fuí, desde antes que se estableciera el orden más antiguo ó se pensara en el que hoy existe. Y ahora como entonces, fiel á mi leyenda, deslustraré lo que hoy brilla y relegaré á lo pasado lo que predomina ahora. Contando con vuestra indulgencia, doy vuelta, pues, á mi reloj, y muestro mi panorama como si hubiéseis estado dormidos en todo el intervalo. Curado ya Leontes de sus celos, y tan apesadumbrado por haberlos tenido, que vive en un encierro, imaginad, amados espectadores, que estoy ahora en la hermosa Bohemia, y

acordaos que mencioné á un hijo del rey, á quien doy por nombre Florizel. Con igual presteza exhibiré á Perdita, crecida con maravillosa gracia y hermosura; pero no profetizaré lo que debe acontecerle. Ahora es hija de un pastor, y veréis desenvolverse lo que la concierne, y sus consecuencias. Permitidme este juego, si antes empleásteis peor el tiempo; y si no, creed que el Tiempo mismo desea que nunca lo gastéis en peores cosas. *(Sale.)*

ESCENA I

Bohemia. Habitación en el palacio de Polixenes

Entran POLIXENES y CAMILO.

POLIXENES.—Ruégote, buen Camilo, que no insistas con tanta tenacidad. Negarte algo, es para mí un sufrimiento; concederte esto, sería la muerte.

CAMILO.—Diez y seis años han transcurrido sin ver mi patria; y aunque temprano me acostumbré á viajar por el extranjero, deseo que descansan mis huesos en la tierra de mis antepasados. Además, el penitente rey, mi señor, ha enviado por mí; y puedo dar algún alivio á los pesares de su arrepentimiento, ó á lo menos así lo pienso. Este es un aliciente más á mi partida.

POLIXENES.—En nombre del afecto que me tienes, no suprimas el resto de tus servicios dejándome. Tu propia bondad te ha hecho necesario, y habría preferido no tenerte á verme obligado á perderte ahora. Servicios prestas que ningún otro habría podido desempeñar; y por tanto es preciso que permanezcas aquí para ejecutar los trabajos por ti iniciados, y no dejes que con tu ausencia desaparezcan, ni borres con tu propia mano esos servicios. Si no los aprecié bastante (y nunca los podré apreciar

demasiado), haré especial estudio de ser más agradecido, y mi ganancia será el aumento de tu amistad. De esa funesta tierra de Sicilia te ruego que no me hables más. Su solo nombre me recuerda al que llamas penitente y reconciliado rey, mi hermano; la pérdida de cuya esposa é hijos es de lamentar aún ahora. Dime: ¿cuándo viste al príncipe Florizel, mi hijo? Los reyes no son menos infelices cuando su descendencia es digna de censura, que cuando la pierden después de conocidas sus virtudes.

CAMILO.—Hace tres días, señor, que ví al príncipe. Ignoro cuáles sean ahora sus felices ocupaciones; pero he notado con sentimiento que de poco tiempo á esta parte está muy retraído de la corte, y frecuenta mucho menos sus habituales ejercicios que antes.

POLIXENES.—Lo mismo observé, Camilo, y con no poco cuidado; tanto, que empleo en mi servicio personas que observen sus acciones. Por ellas sé que apenas se separa de la casa de un rústico pastor, hombre, según se dice, que ha pasado de la nada á una posición tan opulenta, que apenas parece comprensible.

CAMILO.—He oído, señor, algo acerca de ese hombre. Tiene una hija extraordinariamente notable, cuya reputación es más extensa de lo que cabe esperar de tan humilde origen.

POLIXENES.—De ella también se ocupan mis noticias; pero temo el anzuelo que atrae allí á mi hijo. Nos acompañarás á ese sitio. Allí, ocultando lo que somos, hablaremos con el pastor, de cuya sencillez creo que no será difícil obtener la causa de la presencia de mi hijo en ese lugar. Te suplico que te asocies á mí en esta investigación, y déjate de pensar en Sicilia.

CAMILO.—Obedezco de buen grado vuestro mandato.

POLIXENES.—¡Mi excelente Camilo! Conviene que tomemos un disfraz. *(Salen.)*

ESCENA II

Un camino cerca de la casa del pastor

Entra ANTILOCO cantando

ANTILOCO.—«Florece los narcisos; danza la niña en los valles; así se anuncia la primavera. Todo se rejuvenece y colora en los pálidos dominios del invierno; ya blanquea la tela, tendida sobre el vallado; ya cantan las aves y el apetito aguza mis dientes. Un cuartillo de cerveza es para mi néctar divino...»

Criado fuí del príncipe Florizel, y vestí un tiempo su librea... pero ya dejé de servirle... ¿Más he de lamentarme por eso?... Brilla la luna por estos vericuetos y por ellos voy más directamente á la fortuna... Si hasta á los caldereros se les permite ejercer su industria, con su delantal de cuero, bien puedo legitimar mi oficio, y alistarme entre los mercaderes. Mi tráfico consiste en trapos. ¡Ojo á la ropa, mujeres! Antíloco me llamó mi padre; nacido bajo Mercurio, solía ser inclinado á escamotear perdidas baratijas. A vueltas de dados me compré estas vestiduras, y es mi renta la astucia. No me gusta ejercer la profesión en camino público, porque suele costar sendas palizas y además la horca; cosas que me inspiran sumo respeto, y aun terror; porque en cuanto á la vida futura, nunca se me ha ocurrido acordarme de ella. ¡Una presa! ¡Una presa!

(Entra un Pastor.)

PASTOR.—Vamos á ver: cada once corderos dan veintiocho libras de lana; cada veintiocho libras hacen una libra esterlina y un chelín. Mil y quinientos vellones ¿cuánto valen?

ANTILOCO *(aparte)*.—Si no hay tropiezo, no te me escaparás.

PASTOR.—No puedo sacar la cuenta sin los números. Veamos. ¿Qué es lo que tengo que comprar para nuestra fiesta? Tres libras de azúcar; cinco libras de uvas confitadas... arroz; ¿qué querrá hacer mi hermana con arroz? Pero mi padre había encomendado el arreglo de la fiesta, y esto es lo que pide. Me encarga veinticuatro ramilletes para los trasquiladores; todos muy buenos cantores. Pero hay entre ellos un puritano que canta salmos con acompañamiento de zampoñas. Debo traer azafrán



para dar color á los pasteles; dátiles, nueces, cuatro libras de ciruelas y otros tantos racimos de lo mejor.

ANTILOCO *(revolcándose por el suelo)*.—Ay! ¡Oh! Maldito el día que nací!

PASTOR.—Por vida mía! ¿Qué es eso?

ANTILOCO.—¡Oh! ¡socorro! ¡socorro! Arrancadme estos harapos, y dejad luego que muera. ¡Oh, la muerte! la muerte!

PASTOR.—¡Pobre infeliz! Parece que más bien necesitas algunos harapos más y no quitarte los que tienes.

ANTILOCO.—¡Oh señor! Su fetidez me ofende más que los golpes que he recibido, y esto que fueron duros y á millones.

PASTOR.—Pues, pobre de tí, con un millón de golpes ya estarías caminito del cementerio.

ANTILOCO.—Me han robado, señor, y me han llenado de golpes. Se llevaron mi dinero y mis vestidos, y luego me pusieron estos abominables trapos.

PASTOR.—¿El ladrón iba á pié ó á caballo?

ANTILOCO.—A pié.

PASTOR.—A pié iría cuando te dejó estos andrajos; que si fueron manto de caballero mal negocio hizo. Vamos: dame tu mano, te ayudaré á levantar. Dame tu mano.

(*Le ayuda á levantarse.*)

ANTILOCO.—¡Ay! sois compasivo!

PASTOR.—¡Pobre mozo!

ANTILOCO.—¡Oh! Con cuidado, señor, con cuidado! Me parece que tengo dislocada la espalda.

PASTOR.—Bien ¿y ahora? ¿Puedes tenerte en pié?

ANTILOCO.—Con cuidado, señor. (*Le roba el bolsillo.*) Con cuidado. ¡Ah, señor! Me habéis socorrido.

PASTOR.—¿Necesitas dinero? Puedo darte unas monedas.

ANTILOCO.—¡Oh, no, mi bondadoso señor, Os ruego que no. Un pariente mío vive á poco más de media milla de aquí, y á su casa me encaminaba. Allí tengo dinero y cuanto pueda necesitar. No me ofrezcáis dinero, no: sentiría que me lo diérais.

PASTOR.—¿Qué especie de mozo es el que te ha robado?

ANTILOCO.—Uno, señor, que he visto vagando por estos alrededores y entretenido en malos juegos. Se que fué criado del príncipe; pero ignoro por cuál de sus virtudes lo echaron de la corte á latigazos.

PASTOR.—Sus vicios, quieres decir. En la corte no se castiga ninguna virtud; antes se la favorece.

ANTILOCO.—Vicios quise decir, señor. Conozco bien á ese hombre. Ha sido saltimbanco, procurador ó alguacil, luego daba funciones de títeres, y se ha casado con la mujer de un calderero, á una milla corta de mi tierra y hogar. Ha tenido multitud de profesiones, y al fin tomó la de bribón. Dicen que se llama Antíloco.

PASTOR.—¡Maldito sea él! Es un bellaco, por vida mía, un pillo. Siempre anda rondando las ferias y lugares de mucha concurrencia y diversión.

ANTILOCO.—Muy cierto, señor; pues ese es el bribón que me ha puesto de esta traza.

PASTOR.—En toda Bohemia no hay bellaco más cobarde que ese. Si te hubieras mostrado enérgico y le hubieses escupido el rostro, habría echado á correr.

ANTILOCO.—Confieso que no soy hombre de armas tomar; y que por ese lado el corazón no me ayuda. Sin duda que él lo conocía.

PASTOR.—¿Y cómo te sientes ahora?

ANTILOCO.—Mucho mejor. Puedo tenerme bien y podré caminar. Con que, me despido de vos y me largo aunque sea despacio á casa de mi pariente.

PASTOR.—¿Quieres que te acompañe?

ANTILOCO.—No, mil gracias, mil gracias.

PASTOR.—Pues entonces, adiós. Tengo que ir á comprar provisiones para nuestra fiesta.

ANTILOCO.—¡Que el cielo os favorezca! (*Sale el Pastor.*) No comprarás mucho con lo que te queda en la bolsa. También estaré en esa fiesta. Si no hago que este escamoteo prepare el camino para otro, quiero que mi nombre sea borrado del registro de los ladrones é inscrito en el libro de la virtud!

(*Sale.*)

ESCENA III

Bohemia.—Cabaña de un pastor

Entran FLORIZEL y PERDITA.

FLORIZEL.—Vuestro tocado parece dar nueva vida á toda vuestra persona. Nadie diría que fuéscis ya una zagala, sino Flora resplandeciendo en pleno Abril. Esta fiesta es como asamblea de dioses menores, y vos sois la reina de ella.

PERDITA.—Mi bondadoso señor, no me cumple admitir tales extremos de parte vuestra. Tan elevada persona como vos, símbolo de bondad y grandeza en el país, se oscurece llevando el traje de un labriego; así como yo, pobre humilde doncella, no puedo parecer sino una zagala disfrazada de diosa. Pero como suele sazonar nuestra fiesta un grano de locura, y cada cual se complace en ello, no tendré que ruborizarme de veros en ese traje, ni yo de mirarme al espejo.

FLORIZEL.—¡Bendigo la hora en que á mi buen halcón se le antojó volar por las tierras de vuestro padre!

PERDITA.—Quiera Júpiter que tengáis motivo para ello. Por mi parte, esta gran diferencia de condiciones me llena de temor; temor que no comprendéis, porque vuestra grandeza no está acostumbrada á sentirlo. Ahora mismo tiemblo á la idea de que vuestro padre, por cualquier acaso, pueda venir por aquí, como vos. ¡Oh hados! ¿Y qué pensaría de ver su noble obra ligada á tanta inferioridad? ¿Qué diría? ¿Ni cómo podría yo, envuelta en este disfraz, contemplar la severidad de su presencia?

FLORIZEL.—Deja los malos pronósticos. Hasta los mismos dioses humillando su divinidad ante el amor, se han revestido con formas de animales. Júpiter se



HASEBERG. sc.

Perdita y Dorcas

convirtió en toro, Neptuno en cordero, y el rubio Apolo en pastor, como yo ahora. Y nunca esas transformaciones fueron causadas por tan rara belleza, ni con intento tan puro; porque mis deseos no atropellan el honor, ni antepongo mis instintos á mi fe.

PERDITA.—Pero ¡oh, mi querido señor! vuestra decisión será insostenible, cuando á ella se oponga, como tiene que suceder, la autoridad del rey! Y no quedará más que la inevitable alternativa de que mudéis de propósito, ó cese yo de vivir.

FLORIZEL.—Te ruego, amada Perdita, que no acibares con estos cavilosos pensamientos el regocijo de la fiesta. Seré tuyo, hermosa mía, ó no seré de mi padre; porque si no puedo ser tuyo, no seré mío, ni seré de nadie. Y en esto no vacila mi constancia, aunque el destino diga que no. Ea! Alégrate, hermosa, y distrae tu mente con los objetos que tienes á la vista. Mira; ya llegan tus huéspedes. Anima tu semblante, como si estuviéramos ya en el día de las bodas que ambos hemos jurado celebrar.

PERDITA.—¡Oh! Quiera la diosa Fortuna sernos propicia!

(Entran el Pastor, con Polixenes y Camilo disfrazados, el Bufón, Mopsa, Dorcas y otros).

FLORIZEL.—Ya se aproximan vuestros convidados. Procurad entretenerlos alegremente, y coloree el rostro el regocijo.

PASTOR.—¡Hija! Cuando vivía mi vieja esposa, en tal día como hoy, era despensera, repostera, cocinera; señora á un tiempo y criada; daba á todos la bienvenida; servía á todos; entonaba su canción y bailaba su danza; tan pronto á la testera de la mesa como en medio; ya junto al hombro de éste, ya junto al de aquel; con la cara encendida de fatiga, y brindando alegre por sus convidados. Pero tú te retraes como si fueras la festejada y no la directora de la fiesta. Vamos: vé á saludar á estos desconocidos amigos; porque el mejor modo de que lo sean consiste en conocerlos. Déjate de rubores y presén-

tate como lo que eres; como la señora de la casa. Invítanos á la fiesta, que ya verás cómo ha de prosperar tu rebaño.

PERDITA (á *Polixenes*).—Señor, bienvenido seáis. A mi padre place que yo me encargue de obsequiar á mis convidados. (A *Camilo*.) Recibid mi bienvenida, señor. Dame aquellas flores, Dorcas. Venerables señores: éstas conservan su color y su aroma todo el invierno. Sean para ambos como un grato recuerdo del placer con que os acogemos.

POLIXENES.—Zagala (y muy bella en verdad) bien se acuerdan con nuestra edad las flores de invierno.

PERDITA.—Señor: el año declina, pero aún no ha expirado el verano ni asoma el invierno. Así las mejores flores de la estación son únicamente las que llaman: «bastardas de la naturaleza.» Nuestro rústico jardín no las tiene, ni yo me cuidaría de tenerlas.

POLIXENES.—¿Y por qué les dais tan poco valor, hermosa zagala?

PERDITA.—Porque he oído decir que son ingertos, hijos de un arte que compite con la naturaleza.

POLIXENES.—En verdad, ese arte existe; pero no hay medio alguno de mejorar lo que hace la naturaleza, si esta misma no suministra ese medio. El arte de que habláis, es ayudado de la naturaleza misma. Así, veis, gentil niña, que unimos individuos de una especie animal salvaje, con otros de más noble índole; y que el ingerto de un noble botón con otro más vulgar, se advierte en lo áspero de la corteza. Arte es que corrige la naturaleza, ó la transforma mejor dicho; pero el arte en sí mismo es naturaleza también.

PERDITA.—Es verdad.

POLIXENES.—Pues entonces enriqueced vuestro jardín con esas flores y no las llaméis bastardas.

PERDITA.—No me gusta esa labor, como no gusto de colores postizos con el objeto de agradar á este

mancebo, é inspirarle el deseo de unirse conmigo. Aquí tenéis gran copia de flores para vosotros: estas crecen en pleno verano y entiendo que son las que se ofrecen á hombres de edad madura, ni jóvenes ni viejos.

CAMILO.—Imagino que si yo fuera de vuestro rebaño, me olvidaría de pacer, por contemplaros.

PERDITA.—Y así os pondríais tan flaco, que el viento del invierno os penetraría hasta los huesos. En cuanto á vos, mi mejor amigo, desearía tener algunas flores de primavera, como adecuadas á vuestra edad. Pero no hay tantas como yo quisiera para tejer en guirnaldas, amado amigo mío, y cubriros con ellas.

FLORIZEL.—¿Cómo en un ataúd?

PERDITA.—No, sino como en el lecho de flores donde el amor se reclina y goce; y donde en vez de morir reviva entre mis brazos. Vamos: me parece que estoy declamando como en las pastorales que representan á veces por la Pascua. Seguramente este disfraz que llevo ha mudado mi natural condición.

FLORIZEL.—Cuanto hacéis y decís parece excelente, y gana con ser vos quien lo hace. Habláis, amada mía, y sólo deseo escucharos de nuevo: cantáis y quisiera que todo lo hiciérais cantando. En la danza desearía veros convertida en onda del océano, para que no hiciérais mas que moveros. Y en cuanto hacéis, hallo tan particular belleza, que la menor gracia vuestra paréceme corona de las demás.

PERDITA.—¡Oh Doricles! Tan excesivos son estos elogios, que á no conocer vuestra lealtad y generosa sangre, temería que vuestro ingenio quisiera ganarme por mal sendero.

FLORIZEL.—Ni hay causa de temor en vos, ni intento en mí que lo justifique. Pero venid, os ruego: vamos á danzar. Dadme la mano y estemos así juntos como dos tórtolas que no han de separarse jamás.

PERDITA.—Sería capaz de jurarlo.

POLIXENES.—Es la más linda villana que haya corrido alguna vez por una pradera. Nada hace que no parezca llevar un sello superior á su condición. Es demasiado noble para este lugar.

CAMILO.—Algo le dice él que la hace salir los colores á la cara. Se puede jurar que es la reina de los pastores.

BUFÓN.—Ea! ¡Música! ¡música!

DORCAS.—Mopsa debe ser vuestra pareja.

MOPSA.—Ahora, y guardad bien el compás.

BUFÓN.—Ni una palabra más, ni una sola. Pero ¡mucha compostura! ¡mucha compostura! Principemos de una vez.

(Música. Aquí, baile de zagales y zagalas).

POLIXENES.—Decidme, buen pastor, ¿quién es aquel gentil labrador que baila con vuestra hija?

PASTOR.—Le llaman Doricles y se jacta de ser bien nacido; y aunque lo sé por él mismo, lo creo... su porte lo atestigua. Dice que ama á mi hija, y pienso que es así: porque nunca se miró la luna en el agua tanto como él en los ojos de mi hija, y pienso que es así: porque nunca se miró la luna en el agua tanto como él en los ojos de mi hija, como leyendo en ellos. Y para ser franco, creo que no hay la mitad de un beso de diferencia entre lo que cada uno ama al otro.

POLIXENES.—La niña baila con mucha gracia.

PASTOR.—Con gracia lo hace todo. Aunque es mejor no hablar de lo que debería ser callado, lo cierto es que si el joven Doricles se casa con ella, algo encontrarán que no presumen. (Entra un criado.)

CRÍADO.—¡Si viérais al mercader ambulante que está á la puerta, no volveríais á bailar al són de la zampoña. Canta muchas y varias canciones en menos tiempo que vos contáis monedas. Si no parece sino que ha comido baladas! Los hombres se vuelven todo orejas por oírle.

BUFÓN.—Pues no podía venir más á punto. Hazle entrar. No hay cosa que me guste tanto como una

balada, sobre todo si el asunto es plañidero y el canto alegre, ó es alegre y se le canta como una lamentación.

CRÍADO.—Tiene canciones para hombre ó mujer, de todos tamaños. No hay modista que ajuste tan bien un par de guantes á sus parroquianos. Canta algunas muy lindas para doncellas y nada licenciosas; que es lo raro (1).

POLIXENES.—Pues es un excelente mozo.

BUFÓN.—Por lo que dices, este hombre es extraordinario. ¿Y no trae algunas mercancías nuevas?

CRÍADO.—Lleva cintas de todos los colores del arco iris; y puntos (2), más que todos los leguleyos de Bohemia, aunque se junten por centenar. Y vocea cada cosa que vende, como si fuera un dios ó una diosa; de manera que se diría que un corpiño es un ángel femenino.

BUFÓN.—Pues haz que venga cantando.

PERDITA.—Prevenle que no use palabras impropias en sus tonadas.

BUFÓN.—Hay saltimbanquis de estos que tienen más eso de lo que podrías pensar, hermana.

PERDITA.—Si no lo pienso, hermano mío, me inclino á pensarlo. (Entra Antíloco cantando.)

ANTILOCO.—Las telas blancas como la nieve,
más que los cuervos negro el crespón,
guantes que ciñen la mano breve,
nunca se ha visto cosa mejor.

Hay antifaces para la cara,
collares de ámbar, y adornos mil.
Broches, pulseras, cuanto soñara
para sus galas niña gentil.

(1) Siguen aquí, algunos nombres y versos de canciones que hemos creído conveniente suprimir.

(2) Equívoco que no tiene traducción.

Pomos de esencias, de ricas flores
y finos polvos de tocador.
Comprad, doncellas; comprad, señores,
nunca se ha visto cosa mejor.

BUFÓN.—Si no estuviera enamorado de Mopsa, no me sacabas tú un sueldo; pero, siendo cautivo de ella, cautivos han de ser algunos cintajos y guantes.

MOPSA.—Me los prometiste para la vigilia, pero nunca es tarde cuando llega.

DORCAS.—Más os prometió si no miente la fama.

MOPSA.—Y á vos os ha dado más de lo prometido, mucho más... algo que os costaría devolverle.

BUFÓN.—Pero, muchachas, ¿qué estáis hablando?... ¡Qué se hizo del decoro!... No podéis aguardar á la hora de acostaros ó de ir á la fuente, para sacar los trapitos al sol, y no que venís aquí á charlar delante de estos señores? Fortuna que están embebidos en sus compras... ¡Vaya... chitón!

MOPSA.—Bueno, ya callo... Pero conste que me prometiste un lazo y un par de guantes perfumados...

BUFÓN.—¿Pero no te dije cómo me habían desbalijado y dejado sin un cuarto por el camino?

ANTILOCO.—Oh sí; rondan muchos pillos por esos vericuetos, y hay que abrir los ojos.

BUFÓN.—No temas; aquí no te robarán nada..

ANTILOCO.—Así lo espero; llevo el cofre repleto de mercancías.

BUFÓN.—Y canciones ¿verdad?

MOPSA.—¡Ah!... Comprame algunas... Una triste quisiera; estas suelen ser verdad.

ANTILOCO.—Aquí traigo una muy triste, muy triste... la historia de la mujer de un alguacil, que enfermó de haberse echado á cuestras veinte cofres llenos de dinero, y de cómo le dió el antojo de comer cabezas de serpientes y sapos fritos.

MOPSA.—¿Y eso es verdad, decís?

ANTILOCO.—Y tan verdad como es; no hará un mes que ocurrió el lance.

DORCAS.—¡Librenme los dioses de casarme con un alguacil!

ANTILOCO.—Aquí dice el nombre de la comadrona; cinco ó seis mujeres fueron también testigos del hecho. ¿Por qué había yo de mentir?

MOPSA.—Cómprala,... cómprala.

BUFÓN.—Vaya; échala á un lado; vengan otras, que mercaremos más.

ANTILOCO.—Esta es otra historia y balada de un pez prodigioso que ha parecido en la costa, el miércoles del ochenta de Abril, á cuatro mil brazas de fondo, el cual cantó esa balada á las muchachas crueles. Dicen que es una mujer transformada en pez por haberse mostrado dura con uno que estaba muy enamorado de ella. La balada es muy patética, y toda verdad.

DORCAS.—¿También lo creéis?

ANTILOCO.—Que si lo creo! ahí veréis que lo certifican cinco jueces de paz y más testigos que caben en mi cofre.

BUFÓN.—Echadla á un lado.

ANTILOCO.—Aquí tengo otra muy graciosa y divertida, que es de las más lindas.

MOPSA.—¡A ver!... ¡á ver!... una muy divertida.

ANTILOCO.—Esta es de lo más divertido que corre, y se canta como la de: «Dos niñas amaban á un muchacho». Ya no hay doncella que no la cante; me la arrebatan de las manos.

MOPSA.—Cantémosla los dos; si queréis hacer el tercero; vamos allá; tiene tres partes.

DORCAS.—Pero si esto se cantaba ya un mes atrás...

ANTILOCO.—Yo cantaré mi parte; es mi oficio; á ver cómo cantáis la vuestra.